

Hastío y Habitualidad: Aportes para pensar las interacciones entre jóvenes y Fuerzas de Seguridad en los márgenes de la ciudad de Santa Fe.

María Victoria Puyol y Luciana María Ghiberto.

Cita:

María Victoria Puyol y Luciana María Ghiberto (2017). *Hastío y Habitualidad: Aportes para pensar las interacciones entre jóvenes y Fuerzas de Seguridad en los márgenes de la ciudad de Santa Fe. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/495>

XII Jornadas de Sociología UBA

Hastío y habitualidad: Aportes para pensar las interacciones entre jóvenes y Fuerzas de Seguridad en los márgenes de la ciudad de Santa Fe.

Autoras:

María Victoria Puyol (mvpuyol@hotmail.com) | Programa Delito y Sociedad | UNL

Julieta Taboga (julitaboga@gmail.com) | CONICET | Programa Delito y Sociedad | UNL

Tania Alvarez (tanitarp@yahoo.com.ar) | Programa Delito y Sociedad | UNL

Eje Temático 9: Sociología del poder, el conflicto y el cambio social

Nombre de mesa: Mesa 78 | Delito y orden social

Resumen: Desde el Programa Delito y Sociedad de la Universidad Nacional del Litoral, venimos llevando adelante un Proyecto de Extensión e Interés Social denominado “Desnaturalizando la violencia policial. Jóvenes y Derechos Fundamentales en la ciudad de Santa Fe.”. Desde ese escenario hemos podido acercarnos a la problemática de la violencia policial a partir de los relatos de lxs jóvenes que habitan los márgenes de la ciudad. Estos relatos, en su mayoría en primera persona, visibilizan un piso de experiencias comunes que se replican, casi de manera idéntica, en los diferentes territorios que transitan. Intentaremos, entonces, reconstruir estas experiencias comunes marcando a su vez los matices propios de las experiencias vividas por las jóvenes mujeres. Con esto nos proponemos rescatar especialmente las sensaciones, emociones y sentimientos que estos intercambios provocan en sus protagonistas.

Palabras clave: Jóvenes | Fuerzas de seguridad | Emociones | Sentimientos | Estrategias securitarias

1. Fuerzas de Seguridad y Jóvenes: Interacciones habituales

Nuestro trabajo ha sido desarrollado en tres Distritos Municipales de la ciudad de Santa Fe: Norte, Este y de la Costa. Estos escenarios, con sus matices, comparten una serie de características: se trata de distritos que contienen sectores con altos niveles de vulnerabilidad económica y social, y que han sido espacios donde nuevas fuerzas de seguridad de la provincia y fuerzas nacionales han intervenido recientemente.¹

A partir de los relatos de los jóvenes, nos propusimos reconstruir las maneras que adoptan las interacciones entre ellos y las distintas fuerzas de seguridad que operan en los territorios que habitan². Estas presentan diferentes características y dan cuenta del despliegue de distintas dosis de violencia. A pesar de las diferentes intensidades y frecuencias -sin perder de vista que, además, en cada barrio operan distintas fuerzas de seguridad- es posible describir una serie de prácticas más o menos homogéneas en estas interacciones, lo que llamamos un piso común de experiencias.

En primer lugar, las interacciones que identificamos como más frecuentes son aquellas que se inician a instancias de las fuerzas de seguridad, que tienen como destinatarios a los jóvenes varones y que se dan en la calle³: les piden el documento, les revisan las mochilas, los paran contra la pared o el capot del patrullero, sólo por mencionar algunos ejemplos. Estos encuentros suelen darse en los puntos geográficos donde estas fuerzas se ubican o mientras los jóvenes transitan por el barrio.

En segundo lugar, reconstruimos toda una serie de interacciones que tienen lugar en

¹ Dos escenarios en particular han sido campo fértil para el experimento del despliegue de las fuerzas de seguridad provinciales creadas recientemente (Policía Comunitaria y Policía de Acción Táctica) y las nacionales (Infantería y Gendarmería): Barrio Coronel Dorrego, en el Distrito Municipal Este y el Barrio Alto Verde, en el Distrito Municipal de la Costa, a la que además se le suma otra fuerza provincial: las Tropas de Operaciones Especiales. En el primero de ellos trabajamos en la sede de la Dirección Municipal de Escuelas de Trabajo, con jóvenes varones y mujeres de entre 18 y 22 años. En el segundo, trabajamos en la Escuela Secundaria “Omar Alberto Rupp” Particular Incorporada N° 2067 de Alto Verde, con jóvenes mujeres y varones de entre 14 y 18 años de edad. El tercer escenario es el Centro Integrador Comunitario, ubicado en el Distrito Municipal Norte, en el que participaron también jóvenes varones y mujeres de entre 18 y 22 años.

² La difusión y persistencia de significativos niveles de violencia policial que se despliegan sobre los jóvenes en los barrios de la ciudad de Santa Fe –en general jóvenes varones pobres de barrios populares- ha sido explicitado y analizado en diversos trabajos (Montero, 2010, 2013; Sozzo et al, 2005; Informe del Registro de torturas y demás afectaciones a los Derechos Humanos del Ministerio Público de la Defensa de Santa Fe, 2016) que, con diversos abordajes, muestran la sistematicidad de las prácticas de selectividad penal en relación a determinadas poblaciones consideradas como “sospechosas” o “peligrosas”.

³ Entre los relatos de las jóvenes, estos tipos de interacciones son menos frecuentes y, cuando se dan, presentan una serie de complejidades particulares tales como el hecho de que suelen ser requisadas por agentes policiales masculinos. Más adelante volveremos sobre ellos.

escenarios cerrados, tales como los vehículos de las fuerzas de seguridad, las comisarías⁴ y los domicilios particulares de lxs jóvenes con quienes trabajamos. En este segundo grupo identificamos la mayor parte de las experiencias que describen las jóvenes mujeres. En sus relatos, son ellas mayormente quienes instan las interacciones cuando se dirigen a las comisarías para efectuar denuncias varias -delitos contra la propiedad, violencia de género, solicitar información sobre el paradero de algún familiar, sólo por mencionar algunas. A su vez, la experiencia de los allanamientos aparece con mayor frecuencia en sus relatos -más que en el de los jóvenes varones. Por su parte, las experiencias que describen - mayormente- los jóvenes en los vehículos policiales suelen iniciarse en las fronteras del barrio o más allá de la misma: en la avenida, en el centro, señalan. Por otro lado, las interacciones sucedidas dentro de las comisarías a iniciativa de las fuerzas de seguridad, son mayormente experimentadas por los jóvenes varones.

Por último, identificamos toda una serie de interacciones que si bien no son relatadas en primera persona -es decir, como experiencias propias- son presentadas como las formas más problemáticas que adoptan las interacciones entre las fuerzas de seguridad con lxs vecinxs del barrio. Entre estas encontramos, por un lado, las denuncias sobre los vínculos entre la policía -sin distinguir específicamente a qué fuerza refieren- con las redes de comercialización de drogas que operan en el barrio así como con otras redes delictivas; por otro, las narraciones de la violencia letal ejercida por la policía contra algunos jóvenes del barrio.

Este amplio repertorio de violencias verbales, físicas y simbólicas, es narrado enfáticamente por los jóvenes como habituales en sus interacciones con la policía. En tal sentido, recuperamos alguna de sus voces:

“Te hacen apoyar contra el capó del auto que saben que está re caliente, te quema toda la panza, las manos, y si no te apoyas te pegan. Si les contestas también te pegan. Te pegan todo el tiempo.” (Joven participante del taller en CIC Facundo Zuviría)

“todos los días nos paran” (Jóven participante de taller en barrio Coronel Dorrego)

“a cada ratito, ponele que ellos te ven así y caminas una cuadra y te vuelven a parar y te dicen de todo. Te verduguean. Los mismos policías que ya te pararon en la otra esquina, después te paran en la siguiente, aunque ya te pararon hace dos segundos te paran igual” (Jóvenes participantes de taller en barrio Alto Verde)⁵.

⁴ Si bien estas dos primeras formas de interacción pueden iniciarse en la calle, especialmente en el caso de los jóvenes varones, el grueso de la experiencia es atravesada en espacios cerrados.

⁵ En la misma dirección, otro comentario sostiene que: “Todos los días un policía te frena, te revisa y encima te agarra de máquina. A mi hace poco, cuando tenía moto, me frenaron y me pidieron el documento, me maltrataron. A la media hora

Consideramos que estas prácticas, las cuales dosifican medidas de violencia física o simbólica más o menos sutiles, juegan un papel central en la construcción y reproducción de dinámicas de estigmatización y vulneración de derechos de un determinado sector social: los jóvenes, pobres, de los barrios populares de la ciudad, quienes por el contrario, suelen ser retratados mediáticamente y contruidos socialmente como los “emisores” de la violencia y no como sus receptores (Rodríguez Alzueta, 2016).

Ahora bien, no nos detendremos en la fenomenología de estos intercambios. Simplemente nos limitamos a presentar el piso de experiencias comunes que pudimos identificar a partir de las narraciones de quienes participaron de los talleres. Lo que nos interesa mostrar en las páginas que siguen son una serie de indagaciones en torno a las emociones y sentimientos que estas interacciones generan en los y las jóvenes.

2. Voces de los varones: hostigamiento, estigma y reterritorialización.

Al pretender indagar sobre los sentimientos y emociones de los jóvenes derivados de las interacciones de éstos con las fuerzas de seguridad, resulta importante tener presente aquí que el modo en que éstos construyen su identidad se encuentra inmersa en una red de relaciones y de interacciones sociales múltiples y complejas. En otras palabras, que la identidad de los mismos está multidimensionalmente articulada a un conjunto de elementos sociales, económicos y políticos que repercuten en los modos en que éstos experimentan y participan del mundo (Reguillo, 2007:50 y 56-57).

Entre las dimensiones que poseen un rol protagónico en la construcción de identidades juveniles puede mencionarse, recuperando la perspectiva de Reguillo (2007:50-52), por un lado a las industrias culturales. Su relevancia se debe a que es en el ámbito de los significados, los bienes y los productos culturales donde los jóvenes adquieren sus distintas especificidades y en el cual despliegan su visibilidad en tanto actores situados socialmente con esquemas de representación que configuran campos de acción diferenciados.

A las industrias culturales, se suma la pobreza como otro de los elementos que configuran

me volvieron a parar, y yo venía con mi hermanito y le dije al cana ‘vos recién me paraste’ y me dijo que a él no le importaba y me hizo bajar de la moto y me apuntaba todo el tiempo con la carabina” (Joven participante del taller en el barrio Alto Verde)

la conformación de identidades juveniles. Ésta es comprendida como criterio de clasificación que define oportunidades, cancela expectativas y modela culturalmente los cuerpos de aquellos que no caben en los “nuevos” territorios neoliberales. De este modo los jóvenes asociados a dicha categoría pasan a ser inscriptos en un imaginario vinculado a la violencia y a la delincuencia. Es decir a ser visualizados en tanto jóvenes ingobernables y sobre los cuales se requiere el sometimiento por la fuerza (Reguillo, 2007:78-79).

A partir de lo anteriormente señalado es posible considerar entonces que, las valoraciones que se hacen tanto desde afuera como desde adentro (vecinos, medios, política) sobre ciertos barrios y por lo tanto sobre los jóvenes procedentes de los mismos, se encuentran atravesadas por las dimensiones ya mencionadas –industrias culturales, pobreza- y repercuten de manera directa sobre sus cuerpos sometidos a técnicas de control y disciplinamiento que son habilitadas por las famosas demandas de seguridad sostenidas sobre el fino hielo de un estereotipo autocreado que se confirma. De este modo puede comprenderse que, la policía, vuelca en la calle sus ideas preconcebidas sobre los estereotipos de delincuente socialmente dominantes –jóvenes, principalmente varones, pobres que habitan en ciertos barrios de la ciudad- y vuelve estigma los signos materiales que ellos adoptan como propios; a saber: vestimenta, calzado y gorras. En otras palabras, las características visibles de estos jóvenes pertenecientes a barrios marginales de la ciudad son interpretadas por los policías como asunción de una identidad desviada. Esta reinterpretación que realizan las fuerzas de seguridad tendrá repercusiones para los jóvenes en la medida en que, por el hecho de que se les atribuya una identidad desviada, los mismos serán puesto en el foco de las agencias estatales sólo en función de su decisión de transitar el espacio público vestido de determinada manera (Rodríguez Alzueta, 2016):

“-Pero por el barrio ¿pueden circular libremente? ¿La policía los jode?

-A las mujeres no es tanto, es más con los hombres. Si te ven con una vicera ya piensan que andas a los tiros (Joven varón, CIC Facundo Zuviría)”

“Es que te miran todos re mal, yo voy caminando con gorra por la calle y me pasa la patrulla por al lado y me re bardea.” (Joven varón, Alto Verde)

Como ya fue mencionado, la identidad de los jóvenes puede entenderse como una categoría social que no posee existencia propia, sino que contrariamente, se encuentra multidimensionalmente articulada a un conjunto de elementos sociales, económicos y políticos que impactan en los modos en que los mismos experimentan y participan del

mundo (Reguillo, 2007:49-50). De este modo es posible considerar además que los jóvenes se saben mirados y estereotipados pero lejos están de configurarse como cuerpos inertes. Quizás por su juventud, su creatividad o la necesidad de supervivencia (esto es: llegar al trabajo sin demoras, llegar a tiempo a la escuela, atravesar el barrio sin pasar “papelones”) se desprenden de los atributos que los ponen “a la vista” y burlan la prohibición arbitraria de ciertos hábitos (Rodríguez Alzueta, 2016). Es decir, éstos buscan transformar las calificaciones negativas que le son atribuidas (Reguillo, 2007:79-80):

“Mayormente por la manera de vestir. Por ahí no le erran. Yo ya no uso camisetas, de fútbol, tampoco pantalones como ese (deportivos), sino siempre te terminan parando por la manera de vestir.[Dejé de usar esa ropa] mayormente para salir del barrio. Mal no me hizo cambiar la manera de vestir... Yo me acostumbro a cualquier manera de vestir, no me siento mal, tomé la decisión de vestirme de otra forma para salir, porque vivo más afuera del barrio que adentro. Tengo otra ropa que de vez en cuando me pongo... no me olvido. No salgo con camisetas. Sospechan por la manera de vestir.” (Joven Coronel Dorrego)

Muchas de las rutinas policiales identificadas anteriormente en las voces de los jóvenes, no sólo poseen incidencia en la configuración de las identidades y las cotidianidades de los mismos, sino que además pueden ser leídas como “prácticas de reterritorialización” (Montero 2010). Es decir, como formas de actuar que coartan de manera directa las libertades de circulación y uso de espacio público. Como consecuencia de estas dinámicas, los jóvenes viven bajo un toque de queda permanente que recorta no sólo las posibilidades estéticas de su construcción identitaria sino también el uso de los espacios comunes de sociabilización.

“si te paran en una manzana de la que no sos te preguntan “¿qué andas haciendo acá?” (Joven, Alto Verde).

“Te dicen que vas a tirar la bronca, te llevan” (Joven, Alto Verde).

“Ellos te paran y te dicen que nadie te quiere ver ahí, que te vayas a tu casa.” (Joven, Alto Verde).

“En la calle es normal eso, es costumbre vivir así.” (Joven, Coronel Dorrego)

Estas prácticas policiales se vuelcan en interacciones que no sólo resultan violatorias de los derechos y libertades de los jóvenes –devenidos en objeto de control social y por ello coartados de libertad y autodeterminación- sino que sobre todo emiten mensajes y refuerzan de manera cotidiana una distribución de roles y lugares a ocupar, una forma de habitar la ciudad (Tiscornia, 2008).

Resulta interesante pensar entonces estas “prácticas de reterritorialización” a la luz de la tesis de la “ciudad dual” que presenta y falsea Young (2008:69). Este autor sugiere que hay quienes prefieren creer que los *demonios* están localizados “en el interior de los guetos

claramente demarcados de las zonas bajas de la ciudad o en las precarias villas satélites perdidas en los confines de los centros urbanos” (2008: 68). Sin embargo, señala que “la tesis de la ciudad dual está errada, no en su referencia a la división, sino en sus referencias a los límites” (2008: 69). Para el autor, “los límites son cruzados regularmente, (...) la *underclass* existe de ambos lados” (2008:70). Afirmer esto, sin embargo, no implica decir que no existan barreras físicas y morales. El tráfico entre las dos partes de la ciudad está preordenado de manera tal de separarlas o unir las de manera adecuada. Esas formas de habitar, condicionadas por la distribución de roles sociales, que nos sugiere Tiscornia (2008), habilita la libre circulación o sella los pasos fronterizos. En todo caso, cualquiera de estas posibilidades queda a criterio de las fuerzas de seguridad.

3. Voces de las mujeres: Interacciones habituales y violencia moral

Como mencionamos anteriormente, en los talleres desarrollados en tres de los Distritos Municipales de la ciudad de Santa Fe -Norte, Este y de la Costa- participaron varones y mujeres. En el presente trabajo nos pareció importante abordar de manera diferenciada las experiencias de jóvenes de ambos géneros, en la medida en que éstas dan cuenta de diferentes tipos de interacciones con las fuerzas de seguridad. De este modo es posible mencionar que las jóvenes al igual que los jóvenes (aunque en distintas dimensiones que éstos) también son blancos de las detenciones arbitrarias iniciadas por las fuerzas de seguridad en la vía pública. Respecto a dichas situaciones, las mujeres señalaron que son revisadas por policías varones y que tanto las como los policías ejercen violencia verbal y física hacia ellas⁶. Sin embargo, más allá de este tipo de interacciones que son comunes a ambos, los relatos de éstas últimas se centran principalmente en otro tipo de situaciones que implican interacciones que no dejan de ser violentas y que conllevan distintas cargas de estigmatización.

Esta otra serie de situaciones a las que refieren las jóvenes pueden entenderse desde la perspectiva de Segato (2003:115) como escenarios en los que se despliega sobre las

⁶ Presentamos algunos relatos que dan cuenta de lo aquí mencionado:

“-Y cuando las paran, ¿qué hacen?”

-Nada, te revisan y te tratan re mal

-Te pegan todo el tiempo, como que te verduguean” (Joven mujer, 1º Taller Facundo Zuviría)

“A mi hermana si la pararon y le pegaron en los tobillos” (Joven mujer, 1º Taller Alto Verde)

mismas, violencia moral. Entendemos por violencia moral todo aquello que envuelve agresión emocional, ya sea de manera consciente y deliberada, o no. Por lo que es posible incluir dentro de la misma “(...) la ridiculización, la coacción moral, la sospecha, la intimidación, la condenación de la sexualidad, la desvalorización cotidiana de la mujer como persona, de su personalidad y sus trazos psicológicos, de su cuerpo, de sus capacidades intelectuales, de su trabajo, de su valor moral” (Segato, 2003:115).

Este tipo de violencia puede ocurrir a su vez sin ningún tipo de agresión verbal, manifestándose por el contrario de manera exclusiva con gestos, actitudes o miradas, viéndose perpetrada como lo manifiestan ellas en los relatos aquí analizados, principalmente por agentes policiales, pero también por jueces (Segato, 2003:115).

Entre las interacciones con la policía descritas por las mujeres podemos señalar, en primer lugar, los acercamientos a la comisaría para radicar denuncias por robo o contra otros habitantes del barrio. En este tipo de experiencias las entrevistadas señalaron que el trato por parte de las policías no es adecuado ya que éstas les faltan el respeto, que en ciertas ocasiones realizan demostraciones de su autoridad y les piden dinero a cambio de la ejecución de trámites⁷. En segundo lugar las mismas mencionaron que al acercarse a las comisarías para realizar averiguaciones de paradero de familiares, las policías les mienten u ocultan información sobre el lugar de detención de sus familiares⁸. En tercer lugar las mujeres señalaron que las interacciones con las fuerzas de seguridad se producen en

⁷Presentamos aquí algunos relatos que dan cuenta de lo señalado:

“-Te tratan siempre re mal. Cuando vas a hacer un extravío o algo a la 8° te tratan re mal. (...) Cómo si los molestáramos” (3° Joven mujer, Taller Coronel Dorrego)

“Algunos se te hacen los novios, que si vos los ayudas ellos te van a ayudar, ¡aguantá! Te dan ganas de pegarles” (Joven mujer, 1° Taller Facundo Zuviría).

“Encima la policía también, que son re corruptos, porque vos vas a la policía y te dicen ‘bueno si vos me das algo a lo mejor te busco las cosas’, pero cómo yo le voy a pagar si a él ya le están pagando para que trabaje. Se te cagan de risa, te toman el pelo. Se ponen a tomar mate, están ocupados comiendo asado” (Joven Mujer, 1° Taller Facundo Zuviría)

⁸Exponemos a continuación fragmentos que dan cuenta de lo expuesto:

“-Nosotros cuando nos avisan que los pararon en algún lado llamamos y ellos tienen la obligación de decirnos a qué seccional los llevan, a veces te tratan para el lado del...pero hay veces que te tratan bien. Yo estoy acostumbrada por él (su pareja) y por mi hermano” (Joven mujer, 3° Taller Coronel Dorrego)

-¿En qué circunstancias ustedes han tenido que acercarse a la comisaría y las maltrataron?

-Yo siempre por mi hermano me acercaba. Siempre nos decían que ahí no estaban, que se yo, cuando estaba ahí y lo cagaban a palos. (...) Nos decían “no, no están, los pasamos para otra comisaría” y nada que ver.” (Joven mujer, 3° Taller Facundo Zuviría)

“-Si una vuelta nosotras nos quedamos ahí afuera, con mi mamá, porque mi mamá no se quería ir a mi casa hasta que lo vea. Después cuando lo sacaron, y lo llevaron a la camioneta para trasladarlo yo le dije a mi mamá “ahí va mirá, viste mamá que estaba ahí”. Cuando nos fuimos nos dijeron que le iban a pintar los dedos. Y mi mamá les dijo pero yo recién vine a preguntar y me dijeron que no estaba acá” (Joven mujer, 3° Taller Facundo Zuviría)

situaciones de allanamientos de sus hogares, los cuales son llevados a cabo sin autorización de jueces, y desarrollados de manera violenta⁹. En cuarto lugar podemos reconocer que las mujeres también hicieron referencia a la comercialización de droga y a los vínculos establecidos entre las fuerzas policiales, los jueces y lxs habitantes de dicho barrio. Como lo relatan las entrevistadas, las mismas quedan posicionadas en los eslabones más bajos de esta cadena comercial y por lo tanto se encuentran más expuestas al poder punitivo del Estado¹⁰.

Las diversas interacciones relatadas por las mujeres con las fuerzas de seguridad permiten comprender a su vez, recuperando la perspectiva de análisis de Segato (2003:107 y 114-115), por un lado, que el despliegue de violencia moral ejercido sobre ellas funciona a partir de un conjunto de mecanismos puestos en práctica por actores policiales y judiciales que, legitimados por la costumbre, operan también como mecanismos de control, de

⁹Presentamos debajo relatos en este sentido:

“A mi cuñada siempre le pegaba, un cana. Ella estaba embarazada de ocho meses, ya estaba por tener, y les pegaron, a mi hermano y a ella. Encima ellos no pueden entrar si no tienen una orden de allanamiento, y ellos no tenían ese día. Mi mamá no hizo nada, si siempre hacía la denuncia en esta comisaría y le rompían los papeles” (Joven mujer, 3° Taller Facundo Zuviría)

“El otro día entraron a hacer allanamiento a la casa de mi tía, encima es gordita mi tía, no se podía parar. La hicieron que se tire y no se podía parar. Y mi mamá después que terminó tuvo que entrar a buscar a mi tía que todavía no se podía parar. Encima le pisaban la mano, todo. Mi tía les decía que le estaban pisando la mano pero le decían que no la veían” (Joven mujer, 3° Taller Facundo Zuviría).

¹⁰Rescatamos esta problemática dramáticamente narrada por una de las protagonistas del taller:

“-Yo hace un mes salí de estar presa, dos años estuve presa por la droga. Hace un mes salí. Yo tengo tres nenas, cuando la más chiquita tenía dos meses –yo no tenía plata no tenía como darles de comer, vivía sola- y vino uno, un narco y dijo “yo te voy a dar ochenta pesos por día desde las 8 de la mañana hasta las 4 de la tarde”. Yo no tenía leche, no tenía pan, no tenía nada. El 26 de diciembre caí presa. Estuve dos años en el penal de mujeres. No vi a mis hijas, no tenía nada ahí adentro. Pero yo antes tenía al policía que me golpeaba la puerta y me dejaba la droga, tenía el gendarme que te llevaba hasta tu casa; y cuando a mí me llevan presa estaban adelante mío el policía, el gendarme y el policía federal que me traía la droga, y yo les decía “yo te conozco a vos, yo te conozco a vos y yo te conozco a vos”. Y qué hizo el juez, me dijo “te vas a tener que callar porque no te voy a dar 4, te voy a dar 6”. Delante de un juez te tenés que callar un montón de cosas. (...) Hasta un policía de la TOE reconocí. Porque a mí me llevan presa por 5 kg de droga, que no había en la casa eso. El policía vino, se sacó el chaleco y de adentro del chaleco se sacó 5 kg de droga. Yo le dije que eso no estaba en la casa, “lo lamento” me dijo. (...) Ellos te piden que cada tanto entregues a alguien, para ellos quedar bien, que agarraron a uno de los soldaditos de los narcos, hacen todo un papel, caja y listo, agarramos uno. Sacaron fotos, con armas, con un celular. Y ya está. Salió en la tele, salió en un montón de lados y ya está. Solucionado el tema. Por eso lo que él decía es verdad. Y el gendarme que cobraba todos los meses no se llevaba mil o dos mil pesos, se llevaba veinte mil pesos por mes. El policía, el que menos se llevaba se llevaba once mil, doce mil pesos. Porque ellos encima se dan el gusto de estar afuera y fijarse que es lo que vos vendes, controlan. Ellos tienen más o menos si vino tanta gente a comprar vos tenés que haber ganado tanta plata. Y ellos sacan. Van viendo qué es lo que vos vendes y saben cuánta plata manejas en el día. O sino se la sacan, llegan los chicos a la esquina, se la saquen y te la traen otra vez para que la vuelvas a vender. (...) Y al narco yo lo conozco, me aviso “mirá que te van a hacer un allanamiento, sacá las cosas de tu casa, sacá la gente que tenés”, porque no tenía un kiosco, tenía cinco. Y él de su casa sacaba pero la gente que tenía vendiendo en otro lado no. Era cuestión de limpiar el nombre de él también. La policía misma te avisaba 3 o 4 de la mañana que iban a ir. Igual que les prestan los autos para que ellos lleven y traigan las cosas, y les daban los lugares para que ellos guarden las cosas. A los narcos los ven en tribunales que entran por acá y salen por atrás. Porque ellos tapan todo. La policía tapa todo.” (Joven mujer, 2° Taller Facundo Zuviría)

mantenimiento de las jerarquías de clase y de reproducción de las desigualdades. Por otro lado, que si bien la violencia moral puede entenderse como la forma de violencia más maquina, rutinaria e irreflexiva, no obstante, ésta constituye el método más eficiente de subordinación e intimidación de los sujetos sobre los cuales se imparte.

4. Emociones y sentimientos

Como adelantamos, nos proponemos reconstruir en las páginas que siguen un conjunto de sentimientos y emociones más o menos estandarizadas que se desprenden de los relatos de lxs jóvenes. Algunas de estas emociones pueden inferirse del lenguaje gestual, el tono o las expresiones que lxs jóvenes exteriorizan cuando reconstruyen las interacciones con las fuerzas de seguridad: impotencia, cansancio, hastío, hartazgo. Si bien son dimensiones que resultan extremadamente difíciles de reconstruir, en ocasiones lxs mismxs protagonistas los ponen en palabras directas: bronca, miedo, vergüenza¹¹.

Estas dimensiones serán analizadas en tanto significantes de las relaciones que expresan - jóvenes y fuerzas de seguridad- y reflejo de los lazos de sociabilidad que presuponen¹². Las emociones aparecen en los relatos de distintos grupos de jóvenes, que habitan distintos barrios de la ciudad, y sin embargo estandarizan similares percepciones sobre el impacto negativo que tiene la policía en sus vidas cotidianas.

La policía como “lo malo” del barrio¹³, aparece ligada a su compromiso con las actividades que también forman parte de los aspectos negativos del barrio y que son consideradas como usinas de violencia.¹⁴ A partir de cierta demanda no satisfecha en cabeza de la institución policial, los jóvenes se presentan a sí mismos como “molestados” por el despliegue de actividades “inútiles” de los efectivos policiales en el barrio.

¹¹ Como estrategia analítica, estas categorías serán analizadas de manera aislada por más que en las narraciones de lxs jóvenes suelen estar amalgamadas entre sí.

¹² “Si consideramos que la forma de narrar, así como los comportamientos, gestos y reacciones de las personas, pueden ser vistos como una gramática de las relaciones sociales donde la emoción y la corporalidad constituyen dimensiones que organizan las explicaciones que esas personas nos ofrecen, la exégesis de dicha gramática implica atender tanto a las formas en que se construyen los relatos, los gestos que involucran y los comportamientos que las acompañan, como a lo que todo ello evidencia” (Daich, Pita y Sirimarco, 2007: 71-88).

¹³ En un ejercicio por jerarquizar las problemáticas más preocupantes, a criterio de lxs jóvenes, que atraviesan sus barrios, indagamos acerca de los aspectos positivos y negativos de habitar ese territorio. Indefectiblemente, lxs jóvenes ubican a la policía dentro de los relatos que enumeran los aspectos negativos o las “cosas malas” del barrio.

¹⁴ Sólo por mencionar algunas: mayor presencia de narcotráfico, los enfrentamientos armados entre bandas, el consumo de droga por los jóvenes, las zonas liberadas.

La mayor parte de estas emociones y sentimientos se generan como consecuencia de las interacciones de lxs jóvenes con las fuerzas de seguridad en la vía pública, es decir, mientras circulan por la ciudad o habitan el barrio.

La inseguridad que implica para los jóvenes la actuación arbitraria de la policía –desde demoras sin sentido por Art. 10 bis hasta ejercicio de violencia efectiva en situaciones de detención- hace que se sientan por sobre todo impotentes. Esa misma impotencia es la que de alguna manera restringe su voluntad para profundizar sobre el tema a la vez que los arroja a tomar posturas no victimizadas o de superación. La **impotencia** generalmente aparece vinculada a la percepción de impunidad que se reconoce a la institución policial y a la vía libre para el ejercicio de la violencia que ello habilita.

“(…) El caso de él nunca supimos nada. Se lo llevó la policía y apareció con un tiro en la cabeza. Había testigos pero nunca hablaron, porque decían que estaban en riesgo y ponían en riesgo a su familia”. (Joven participante de taller en CIC Facundo Zuviría).

“No hace nada la policía, yo te digo porque a mí me mataron un hermano y cuando mi mamá fue a tribunales contó que cuando fue a hacer la denuncia a la policía los milicos se la rompieron. A la denuncia. La policía no hace nada, llega a último momento” (Joven varón, 2° Taller Facundo Zuviría)

Da cuenta, asimismo, de la enorme desigualdad de poder entre los protagonistas de los intercambios que se relatan. La impotencia traduce la idea de que no se puede hacer nada frente a una institución que es capaz de grandes dosis de violencia, de amenazar -y efectivamente cumplir- con el armado de causas, de brindar redes de protección y perseguir “giles” sólo para “hacer planilla”. Ante este gigante, lo que prima es la impotencia.

“Mayormente llevan la de ganar ellos, si la policía hace lo que quiere” (Joven participante de taller en barrio Coronel Dorrego).

“Con la policía hay corrupción, porque por ahí no andas en nada, no te drogas nada, y porque te vestís así como ‘negrito’- porque ellos te dicen ‘negrito’- te paran, o te meten causa que nada que ver. Si andas bien vestido, que pareces chetito no te paran, te pasan por al lado. Y esos son los que más roban” (Joven varón, 2° Taller Alto Verde)

“A los que tienen que agarrar no los agarran y a los que no tienen que agarrar, los agarran.” (Joven mujer, 1° Taller Facundo Zuviría)

“La mayoría son ellos los que saben dónde hay gente que vende droga y no hace nada” (Joven mujer, 2° Taller Facundo Zuviría)

Este sentimiento se ve claramente en particular en un relato que podría también pensarse como violencia de género, cuando una de las chicas cuenta que es demorada por la policía en la vía pública y revisada por funcionarios policiales de género masculino:

“-Los milicos no pueden revisar a las mujeres, y a mí me pasó ese caso. Yo estaba con los pibes que los pararon y me hicieron sacar la campera, todo. Para ver si yo tenía algo de los pibes. Y eso ellos no tienen por qué hacerlo. Y yo no me dejaba... Yo les dije que ellos no podían revisarme a mí pero no me decían nada, me alumbraban con la linterna

- Igual que se hacen los atrevidos no sé, te dicen ‘negrita’ ‘puta’ todas esas cosas te dicen

-Y si ustedes les dicen que saben que a ustedes solo las puede revisar una mujer ¿qué pasa?

-Ella le dijo

-Te dicen que no hay milica

-O ‘nosotros estamos haciendo nuestro trabajo’

-Encima no te pueden revisar la remera y a mí me dijo ‘sacate la campera’. Y yo le dije ‘usted no me puede revisar a mí porque usted no tiene orden para revisar a las mujeres’ y no me decía nada. Me tuve que bajar la campera mientras me alumbraba” (Mujeres, 3° Taller Facundo Zuviría)

“Las milicas con las mujeres, y los milicos con los hombres

-Sí, pero por ahí los milicos te agarran igual.

-Por ahí se meten y agarran a las mujeres, cosa que está mal, porque no te pueden tocar

-Pero si te quieren pegar te pegan igual” (Mujeres, 1° Taller Facundo Zuviría).

Los jóvenes expresan sentir **bronca** cuando son demorados por la policía en la vía pública. Esta dimensión, ligada a este tipo específico de contacto, es más frecuente entre los varones. La bronca aparece como la expresión ante la conciencia de la impotencia e incapacidad de actuar en respuesta a los malos tratos recibidos. En estas narraciones aparecen referencias al cálculo de que no tomar esa actitud -no quedarse callados, por ejemplo- podría depararles un trato peor.

“Me hablaron re mal, no me acuerdo... me acuerdo que les quería romper la nariz de una piña. No se puede hablar con un milico que está así. Te da bronca.” (Joven varón, 2° Taller Coronel Dorrego)

“Yo la otra vuelta iba caminando así de la nada y siento un re puertazo atrás mío. No sé por qué pararon al lado mío. Casi me caí. Después me hicieron sacar hasta las medias... todo. Me pegaron en los pies. Patadas en los tobillos.

-¿Cómo te hicieron sentir?

- Y una bronca bárbara.” (Joven varón, 2° Taller Alto Verde)

“-Ellos son los que verduguean

-Si ellos son, vos los hablas bien y ellos te hablan re mal, te re verduguean

-Ponele ellos te preguntan qué estás haciendo y si le respondes te dicen cállate, o a ver si te la aguantas. Si vos estás nervioso te dicen “¿qué vas a hacer me vas a pegar? Mirá que me saco el uniforme y la placa y peleamos”

-Ellos te buscan la reacción.

-¿Cómo te sentís vos en esa situación?

-Te dan ganas de romperle todo. Y cuando te agarran los huevos...

Varios se ríen

-Te agarran de abajo y te hacen así... *hace el gesto*. No sé por qué, de malditos no más. (...) Te la tenés que aguantar, se te caen las lágrimas (Varones, 2° Taller Alto Verde)

Por otro lado, este mismo sentimiento de **bronca** también aparece reflejada en relatos que dan cuenta de despliegues de violencia letal por parte de las fuerzas de seguridad¹⁵. En el fragmento que seleccionamos, podemos ver como ese sentimiento se imbrica con una mirada que lee ciertas actitudes como por fuera de los códigos que se respetan.

“Se bajó de una moto y le dio un tiro en la cabeza. Y después los cobani lo llevaron todo tirado en el patrullero. Ya muerto. Para pasearlo no más. Y te da bronca. Un pibe re jovencito. Re bueno. No es el barrio, es por todos lados. Hay fotos y todo. De una cámara de seguridad que lo filma en la camioneta todo tirado así no más. Si se mete con abogados pueden llegar a pagar pero si se queda la madre no. Son policías, tienen todo a favor”. (Joven varón, 3° Taller Facundo Zuviría).

Al darse estas interacciones en contextos de circulación por el espacio público, cuando son demorados en el barrio los jóvenes se sienten además, expuestos y **avergonzados** ante la mirada de los vecinos. Si bien esta exposición de lxs jóvenes puede generar empatía entre los vecinos que “saltan a defenderlxs”, lo más frecuente es que esta situación active -o refuerce- los procesos de estigmatización social.

“Es feo a veces, porque hay mucha gente y te ve (...) ellos tienen muchos autos para agarrar a uno solo y hacen mucho cartel, después te largan, pero ya estuvo toda la gente mirándolo a uno ahí y queda feo, a mi no me gusta” (Joven participante de taller en el barrio Alto Verde).

“A mí me hicieron pegar un cagazo la otra vuelta los de la comunitaria...iba con la mochila, venia re contento una mañana y pasaron los de la comunitaria y me miraban y yo los miraba pensando ‘no vaya a ser que me paren’ entonces los saludo. Cuando hice una cuadra escucho que gritan ‘allá allá el de mochila’ yo me quedé callado pero tenía una bronca...porque me trataron re mal, ni pregunté porque me agarraban, no hable nada. Saltaron unos vecinos del barrio diciendo que yo pasaba todos los días, y les dijeron que se callaran porque si no los iban a llevar a ellos. Se re zarparon les decían de todo. (...). Ellos estaban esperando que yo diga algo. Zafé, no sé cómo, yo llevaba cosas que nada que ver en la mochila, que vendía, una carpeta. La comunitaria dio el aviso y vinieron los del comando, en moto, camioneta y no tenían avión porque si no venían en avión. Yo pensaba ‘que película, qué vergüenza’ (Joven varón, 2° Taller Coronel Dorrego)

Finalmente, el **cansancio** y el **hartazgo** aparecen como correlatos necesarios de situaciones de hostigamiento que no solo son cotidianas sino que se expanden sobre todo territorio que los pibes ocupen:

“El abuso se ve todos los días en el barrio. Todos los días un policía te frena, te revisa y encima te agarran de máquina. (...) Otra vuelta me pidieron el documento y me dejaron ahí parado como diez minutos, yo salía de la escuela y me tenía que ir. No me querían devolver el documento” (Joven varón, 1° Taller Alto Verde)

“Es tan común que te paren. Los pibes ya no quieren ni caminar por la calle porque saben que apenas los ven

¹⁵ En ocasiones, la bronca tiene como destinatarios a los propios vecinos del barrio ante su indiferencia: “todo el mundo sabe, que te pegan en las comisarías. Todo el mundo lo sabe, a la gente no le importa nada” (Joven participante de taller en CIC Facundo Zuviría).

ya te van a parar” (Joven participante de taller en Alto Verde)

Si bien estas situaciones de hostigamiento antes descriptas, debido a su cotidianeidad generan cansancio en los jóvenes, creemos que la naturalización de estas puede vincularse, sobre todo, a un intento para aprender a vivir con esas situaciones y que las mismas no les generen problemas de mayor gravedad.

5. A modo de cierre: particularidades y estrategias securitarias

Algunos autores sugieren que la intensidad de las agresiones depende en parte de la actitud que los jóvenes adoptan frente a los malos tratos recibidos (Montero, 2010: 37). Hemos podido identificar en los relatos de lxs jóvenes una serie de estrategias que implican “quedarse tranquilo” y que buscan contener los niveles de violencia que estos intercambios pueden generar. Si bien estas actitudes asumidas por los jóvenes pueden ubicarlos en una posición de subordinación ante la autoridad policial, también muestran el despliegue de lo que llamamos “estrategias securitarias” (Rodríguez Alzueta, 2016:15). Es decir, los jóvenes son capaces de “leer la jugada”¹⁶ y, de alguna manera, ponerlo a su favor. Las mismas pueden consistir¹⁷ en seguir caminando y no levantar la mirada¹⁸, no contestar ni decir nada¹⁹, trasladarse acompañado de una mujer, vestirse de otra manera²⁰, evitar circular por determinados lugares, entre otras.

Las lecturas que proponemos acerca de estas actitudes performativas desplegadas por lxs jóvenes en sus interacciones con las fuerzas de seguridad nos permiten, por un lado,

¹⁶ Podemos entender esta potencia en tanto “cálculo de las fuerzas que se juegan en la situación, y actuar tratando de imponer una fuerza que ordene los elementos de lo sucedido”. Desde el Colectivo Juguetes Perdidos, nos señalan que a “[e]sta operación la puede hacer diferentes actores barriales [pero] no todos los gestos y actores tienen igual alcance y eficacia, pero sí comparten un suelo común y una tonalidad, una especie de “saber-leer” y “saber-actuar” (...)” (Colectivo Juguetes Perdidos, 2016: 19)

¹⁷ Esta enumeración no pretende ser taxativa. Simplemente nos proponemos mostrar una serie de actitudes performativas que desarrollan lxs jóvenes y que vuelven menos azarosos los intercambios con las fuerzas de seguridad.

¹⁸ “Porque vos ponele, vas caminando solo por la calle y ves que viene una patrulla, al toque baja la velocidad y te pasa bien por al lado y te miran todos mal. Y vos sabes que no los podés mirar. Porque si los miras bajan y te agarran a los cocazos” (Joven participante del taller en el barrio Alto Verde).

¹⁹ “Hay chicos que sí, ‘no me toques’, ‘no me hagas eso’, no se dejan. Y ahí te empiezan a pegar, o ahí no te hacen nada pero después te llevan y te cagan a palos, te conviene quedarte tranquilo porque si no te cagan a palos”. (Joven participante del taller en el barrio Coronel Dorrego). “Ellos son los que verduguean, vos ya sabes que tenés que hablar bien, pero te hablan re mal, te re verduguean”. (Joven participante de taller en Alto Verde)

²⁰ “Yo cuando andaba en esa gilada para mí era mejor andar bien vestido para pasar desapercibido. Y después hacía lo que quería. Después te cambias de ropa y nadie piensa nada.” (Joven Coronel Dorrego):

otorgarles cierta capacidad de agencia, desplazándose un poco de las reconstrucciones que lxs posicionan como receptores pasivos de la violencia policial. Como sostuvimos más arriba, no son cuerpos inertes. Por otro lado, el desarrollo de estas estrategias abre la posibilidad para contener la contingencia y azarosidad que pueden llegar a tener estos intercambios, dándoles algún grado de certeza y previsibilidad. Si bien entendemos que estas interacciones se encuentran regladas (Ver Montero 2010), consideramos que es posible pensar que estas estrategias pueden apuntar a desbalancear la enorme desigualdad en la distribución del poder que implican estos intercambios, poniendo en manos de lxs jóvenes rudimentos para marcar o torcer el curso de los mismos.

Finalmente consideramos importante ubicar a lxs jóvenes en posiciones donde se pueda contemplar su agencia y sus conocimientos respecto de cómo esas dinámicas sociales se despliegan y los movilizan. Creemos que una de las vías fundamentales para hacerlo es profundizar en el análisis de las particularidades que tienen sus interacciones con las fuerzas de seguridad, ya sea en función del territorio como del destinatario.

Bibliografía

- Colectivo Juguetes Perdidos: ¿Quién lleva la gorra? Violencia/Nuevos Barrios/Pibes Silvestres, Tinta Limón, Buenos Aires, 2016.
- 2013.
- Ministerio Público de la Defensa de la Provincia de Santa Fe (2015), “Informe del Registro Provincial de casos de Tortura, Tratos Crueles, Inhumanos y/o Degradantes, Abuso Policial, Malas Prácticas y demás afectaciones a los Derechos Humanos, disponible en: <http://www.defensasantafe.gob.ar/prensa-comunicacion/noticias/registro-provincial-de-torturas-y-dem%C3%A1s-afectaciones-a-los-ddhh>
- Montero, A. (2010): “Niñez, exclusión social y “propiedad policial” en la ciudad de Santa Fe” en *Delito y Sociedad*. Revista de Ciencias Sociales, N° 30. Centro de Publicaciones de la Universidad Nacional del Litoral.
- Reguillo Cruz, Rossana (2007): “Emergencias de culturas juveniles. Estrategias del desencanto”, Grupo Editorial Norma, Bogotá, Barcelona, Buenos Aires, Guatemala, Lima, México, Panamá, Quito, San José, San Juan, San Salvador, Santiago, Santo Domingo.
- Rodriguez Alzueta, E. (comp.) (2016): “Hacer bardo. Provocaciones, resistencias y derivas de jóvenes urbanos”. Malisia Editores: Buenos Aires.
- Segato Rita Laura (2003): “Las estructuras elementales de la violencia. Ensayo sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos”, Prometeo, Buenos Aires.
- Sozzo, M., Aimar, V., Gonzalez, G. y Montero, A. (2005). “Política, policía y violencia en la provincia de Santa Fe”, en Máximo Sozzo (ed.): *Política, violencia, democracia. Ensayos sociológicos*, UNL Ediciones.
- Tiscornia, Sofía (2008). *Activismo de los Derechos Humanos y burocracias estatales. El caso Walter Bulacio*. 1a ed. - Buenos Aires: Del Puerto/CELS, 2008
- Young, J.: “Merton con energía, Katz con estructura. La sociología del revanchismo y la criminología de la transgresión.”, en *Delito y Sociedad*. Revista de Ciencias Sociales, N° 25, 2008, Ediciones UNL, Santa Fe, pp. 63 a 87.